

PARA DECIR UNA PALABRA, AL FIN, PARA COMENZAR

Werner Hamacher *



ferma, ¡que naciera siempre sana y salva! El vuelo del pájaro lo habitaba cada vez más. El muñequito monito casi se cayera y se perdiera: estando ya con la carita puntuda y medio cuerpo salidos del bolso, ¡intrigados! El niño no lo reprendiera. La vuelta del pájaro era emoción en envío, impresión sensible, un traslucir de corazón. El niño lo guardaba, fugaz, de memoria, en vuelo feliz, en el aire sonoro, hasta la tarde. Con lo que podía servirse para consolarse con, y desdolerse, para escapar de lo abierto de rigor — de aquellos días cuadriculados.

Al cuarto día llegó un telegrama. El tío sonrió, fuertísimo. ¡La madre estaba bien, sanada! Al siguiente día — luego del último sol del tucán — volverían a casa.

El momento desmedido.

Y, con poco, el niño miraba, desde la ventanita, las nubes de blanco fragmentado, la nada veloz. Entretanto, se demoraba en una saudade, fiel a las cosas de ahí. Del tucán y del amanecer, pero también de todo, en aquellos días tan peores: la casa, la gente, el bosque, el jeep, la polvareda, las noches de ahogo — lo que se afinaba, ahora, en el casi azul de su imaginar. La vida, incluso, nunca se detenía. El tío, con otra corbata, que no era la tan bonita, con apuro por llegar, miraba el reloj. Entrepensaba el niño, ya casi en la frontera soñolienta. Súbita seriedad le hacía una caricia más prolija.

Y, casi de un salto, se afligió: ¡el muñequito monito no estaba ya en su bolso! ¡No fuera que perdiera al monito compañero! ... ¿Cómo fuera posible? Luego lágrimas le brotaban.

Pero, entonces, el muchacho ayudante del piloto le trajo, de consuelo, una cosa: — “Mira lo que encontré para tí” — y era, alisado, el sombrero rojo, de la pluma alta, que él, otro día, tanto había afuera arrojado.

El niño ya no puede más atormentarse con llorar. Sólo que el rumor y el estar en el avión medio que lo atontaban. Tomó el sobrerito solito, volvió a alisarlo, y lo puso en el bolso. No, el compañerito monito no estaba perdido, en el abismo oscuro del mundo, ni jamás. Seguro: él solo paseaba por ahí, por-acaso y por-venidero, en otra parte, donde las personas y las cosas siempre iban y venían. El niño sonrió de pura sonrisa, conforme a cómo de pronto se sentía: hacia fuera del caos pre-inicial, vuelto al estallido de una nebulosa.

Y era, de súbito, lo inolvidable, que podía atravesarse, calma incluida. Duró una nonada, como se deshace un hilo, y que, comúnmente, en nosotros, no cabe: paisaje, y todo, fuera de quicio. Como si él estuviese con su madre, sana, a salvo, sonriente, y todos, y el monito con una corbata verde, bonita — en el alpendre del terrenito de los altos árboles... y en el jeep con sus buenos sobresaltos... y en todas partes... en el mismo instante único... la primera seña del día... donde asistían, en-tiempo-sobre-tiempo, al sol en su renacer y al vuelo, aún mucho más vivo, majestuoso y existente — en suspenso sin término — el tucán, que viene a comer frutillas en la cima dorada, en los altos valles de la aurora, allí junto a la casa. Nomás eso, nomás todo.

— “Llegamos, al fin” — dijo el tío.

— “Ah, no. Todavía no...” — respondió el niño.

Sonreía detraído: sonrisas y enigmas, suyos. Y venía, la vida.

* W. Hamacher y M. Ziegler, “Pour dire un mot, à la fin, pour commencer” (por decir, franco traslucine de M. Ziegler), in *Salut à Jacques Derrida*, Rue Descartes, revista del Collège Internationale de Philosophie, n° 48, París, abril de 2005, pp. 56 à 61. Que la proeza del franco traductor (Ziegler) no fuera sin más a “relevar”, lo atesta la decisión de Hamacher de co-firmar el textil entre ambos. (Hasta donde hay noticia, el texto en alemán, si aún pervive, permanece inédito).

No tengo una relación agradable con los muertos. Por lo cual mis dificultades con todas las formas de conmemoración de muertos, convencionales o no tanto, con los géneros necrológicos en especial, incluso con lo que se suele llamar testimonio, no son menores. Cuando pienso en los muertos que he conocido en vida, de cerca o no tan cerca, no logro hacerlo sin tener la impresión de cariñosamente descomplejizarlos, de embellecer los encuentros con ellos, sus fisionomías, el aura que fuera el suyo, sus encaminamientos, sus obras, el efecto que habrán tenido en mí y en otros. *De mortuis nihil nisi bene* prescriben las piedades, dictadas por la venganza de los muertos, de todos los muertos, de los muertos en tanto muertos — y son muchos, siempre más que nosotros, cada vez más, su número aumenta, una muchedumbre dementa ya. Ahora bien, tales piedades, a qué sirven sino a la formación de un cuerpo glorioso, anónimo y compacto, al mejor olvido, a la represión facilona, a la relegación en las bibliotecas, las gliptotecas, los mausoleos. La erección de los ideales equivale a la humillación de las realidades, pequeñas e ínfimas, que amamos y tememos, no menos que las grandes, que admiramos. Estas realidades que son por demás sino, de entrada, heridas, amenazas que son ya heridas, promesas que ya nada distingue de las amenazas, gesticulaciones vagamente inquietas en vista de qué o de quién las ha provocado. Cuando pienso en los muertos —y, hablando en primera persona del singular, no puedo sino llamarlos de manera inconveniente los “míos”, aunque sean los muertos de muchos otros y otras, y de nadie— me aparecen como aquellos ante los cuales no he podido, una vez o a menudo,

POUR DIRE UN MOT, À LA FIN, POUR COMMENCER

Je n'ai pas un rapport agréable aux morts. Par conséquent, mes difficultés avec toutes les formes de la commémoration des morts, conventionnelles ou moins conventionnelles, avec les genres nécrologiques en particulier, y compris avec ce qu'on appelle témoignage, sont importantes. Lorsque je pense aux morts que j'ai connus de leur vivant, de près ou de moins près, je ne parviens pas à le faire sans avoir l'impression de gentiment les décomplicier, d'enjoliver les rencontres avec eux, leurs physiologies, l'aura qui était la leur, leurs chemins, leurs œuvres, l'effet qu'ils ont produit sur moi, et sur d'autres. *De mortuis nihil nisi bene* commandent les piétés, dictées par l'angoisse de la vengeance des morts, de tous les morts, des morts en tant que morts — et ils sont beaucoup, toujours plus que nous, deviennent plus encore, leur nombre augmente, une foule folle déjà. Or ces piétés, à quoi servent-elles si ce n'est à la création de quelque corps glorieux, anonyme et compact, au meilleur oubli, au refoulement aisé, à la relégation dans les bibliothèques, les glyptothèques, les mausolées. L'érection des idéaux vaut humiliation des réalités, petites et infimes, que nous aimons et craignons, pas moins que les grandes, que nous admirons. Ces réalités cependant que sont-elles d'autres, tout d'abord, que des blessures, des menaces qui sont déjà des blessures, des promesses que plus rien ne distingue des menaces, gesticulations vaguement inquiètes à la recherche de quoi ou de qui les a provoquées. Quand je pense aux morts — et, parlant à la première per-

decir o mostrar cómo siento y pienso mi relación con ellos, quiénes eran para mí, lo que eran para mí, lo que hubiera querido decirles y que sin embargo no dije. Tras la muerte de un amigo, que era también un amigo de Jacques [Derrida] y que, para ambos, habrá sido una presencia imbuida de la lucidez más serena, siempre llegué a pensar en el hecho de haber dejado volverse amargo el té que había preparado para nosotros, y que él no se había quejado de eso. Pero él no había bebido el té. Los muertos me recuerdan que algo no ha andado bien, que algo habrá sido frustrado, fallado —me recuerdan la muerte— y la pena —que en muchos casos se vuelve reclamo, aunque extrañamente esas escenas de una falta vayan a la par de la espera de un tiempo en que todo fuese reparado—, esa pena, y ese reclamo entonces, me impiden amar simplemente a los muertos. Me encantaría amarlos, pero no están ahí, y quedo en deuda y culpable: por haberme farreado la ocasión para hablar con ellos de las cosas comunes, de inquietudes comunes y de pérdidas comunes. Y ellos permanecen asimismo en deuda, culpables, por haberse farreado esa ocasión que yo imaginaba propicia, y por haber destruido con su muerte toda posibilidad de reparación (porque estoy convencido, un poco como los infantes, que ellos tenían la capacidad de morir y, por ende, la capacidad de no morir). Es por su culpa si estoy en falta¹; es su deuda si estoy en deuda. Y esto es reversible: es por mi culpa si ellos están en falta y me faltan; soy culpable que sean culpables; soy la muerte que me los ha llevado, su muerte que sufro, los muertos que soy. Es la escena no poco estúpida, necro-narcisa y penosa que sobreviene cuando pienso en los muertos que he conocido, nomás fuera un poco. Cuando pienso en ellos, su imagen se vuelve confusa, mi imagen se vuelve confusa: no es ni la de ellos ni la mía, no es ninguna imagen, ni palabra alguna, es la interrupción de las escenas y la parálisis de toda palabra. Y es en este trauma, y por él y para él, que tomamos parte ambos, aquellos que llamamos “muertos” —(y los llamamos los muertos)— y aque-

¹ C'est de leur faute si je suis en faute.

sonne du singulier, je ne puis que les appeler de façon inconvenante les « miens », quand bien même ils sont les morts de bien d'autres, et d'aucuns — ils m'apparaissent comme ceux devant lesquels je n'ai pu, une fois ou souvent, dire ou montrer comment je sens et pense mon rapport à eux, qui ils étaient pour moi, ce qu'ils étaient pour moi, ce que j'aurais aimé leur dire et que je n'ai pourtant pas dit. Après la mort d'un ami, qui était aussi un ami de Jacques et qui, pour nous deux, a été une présence empreinte de la lucidité la plus sereine, j'ai toujours repensé au fait d'avoir un jour laissé devenir amer le thé que j'avais préparé pour nous : il ne s'en était pas plaint. Mais il n'avait pas bu le thé. Les morts me rappellent que quelque chose n'a pas marché, que quelque chose a été raté, manqué — ils me rappellent la mort — et le chagrin — qui dans de nombreux cas devient grief, bien qu'étrangement ces scènes d'un manquement aillent de pair avec l'attente d'un temps où tout serait réparé — ce chagrin, et ce grief donc, m'empêchent d'aimer tout simplement les morts, mes morts. J'aimerais bien les aimer, mais ils ne sont pas là, et je reste en dette et coupable : pour avoir manqué l'occasion de parler avec eux de choses communes, d'inquiétudes communes et de pertes communes. Et ils restent, eux, également en dette, coupables d'avoir manqué cette occasion que j'imaginai propice, et d'avoir détruit par leur mort toute possibilité de réparation (car je reste convaincu, un peu comme l'enfant, qu'ils avaient le pouvoir de mourir et donc le pouvoir de ne pas mourir). C'est de leur faute si je suis en faute ; c'est leur dette si je suis en dette. Et ceci est réversible : c'est de ma faute s'ils sont en faute et me manquent, je suis coupable qu'ils soient coupables : je suis la mort qui me les a pris, moi leur mort que je souffre, moi les morts que je suis. C'est là la scène passablement bête, nécro-narcissique et chagrine qui survient lorsque je pense aux morts que j'ai connus, ne fût-ce qu'un peu. Lorsque je

llos que llamamos “nosotros” (pues sí, nos llamamos, también, los muertos por venir). Formamos parte de este trauma y este nos toma una parte, una parte tal vez más grande que la totalidad que llamamos “nosotros”, una parte que nos toma casi todo lo que llamamos lenguaje. Estamos tomados, atrapados —en todos los sentidos y con todos los sentidos— en esta escena del veredicto: *culpable*. Somos, dolorosamente, *partidas* [*parties*].²

Este trauma no requiere esperar la muerte [*n'attend pas la mort*] — como tampoco la muerte requiere esperar que la llamemos así, y menos que el término “muerte” no espera la muerte a que lo deshaga, ella está ahí ya, como malentendido, como demasiado bien entendido que atraviesa, pequeño desgarro, las conversas — y sin ella no habría conversas, pero ella las hace a todas, o casi, fracasar. La muerte es siempre el mal-entendido de un contra-tiempo. Ella no espera, está —mientras hablamos aún de espera y hablamos esperándola— ya ahí: muda, mutiladora, mutante.

Esta mutación incluso muda [*muette même*] — ¿no es tal vez lo que cabe decir, no es tal vez lo que cada Yo [*Je*] puede decir: que ella me ama [*m'aime*]? Y, por tanto, ¿que nos ama a todos? La mutación del trauma, que acompaña desde el comienzo cada término y cada gesto, abrazándolo y sumergiéndolo en ella, nos ama ya, tal *t r a u m u t a c i ó n*. Y nada nos ama tanto como ella. Jacques Derrida, cada vez que se encontraba con el *ya* [*déjà*], se sentía llamado por su nombre. Y en lo *mismo* [*même*] —como en *el asunto mismo*— habrá oído un *m'aime*. La muerte misma me ama ya, antes que esté ahí: Me ama, me dicta, y dice a la vez que me ama. Pero este *mismo* [*même*] que él oía en francés como *m'aime*, dice, a oírlo como término inglés, casi *maim*, mutilar. El término mismo [*même*], aunque diciendo que *m'aime*, *maim*. Y cada término, y antes que nada cada término con eme. Me ama nada lo que me ama, ni siquiera incluso; poema y no-noema. Es por cierto

² Nous sommes pris – en tous sens, avec tous les sens – dans cette scène du verdict: *coupable*. Nous sommes, péniblement, *parties*.

pense à eux, leur image devient trouble, mon image devient trouble : ce n'est plus la leur ni la mienne, c'est aucune image, de même c'est aucun mot, c'est l'arrêt des scènes et la paralysie de tout mot. Et c'est à ce trauma, et par lui et pour lui, que nous prenons part tous deux, ceux que nous appelons « morts » – (et nous les appelons, les morts) – et ceux que nous appelons « nous » (et oui, nous nous appelons, aussi les morts à venir). Nous prenons part à ce trauma et celui-ci nous prend une part, une part peut-être aussi grande que le tout que nous appelons « nous », une part qui nous prend presque tout ce que nous appelons langage. Nous sommes pris – en tous sens, avec tous les sens – dans cette scène du verdict : *coupable*. Nous sommes, péniblement, *parties*.

Ce trauma n'attend pas la mort – pas plus que la mort n'attend que nous l'appelions ainsi, aussi peu que le mot « mort » attend la mort qui le défait, elle est déjà là, comme malentendu, comme trop bien entendu qui traverse, petite déchirure, les entretiens – et sans elle il n'y aurait pas d'entretiens, mais elle les fait tous, ou presque, échouer. La mort est toujours le mal-entendu d'un contre-temps. Elle n'attend pas, elle est – alors que nous parlons encore d'attente et parlons en l'attendant – déjà là: muette, mutilante, mutante.

Cette mutation muette même – n'est-ce pas ce qu'on peut dire, n'est-ce pas ce que chaque Je peut dire : qu'elle m'aime ? Et donc qu'elle nous aime, tous ? La mutation du trauma, qui accompagne dès le début chaque mot et chaque geste, les embrassant et les plongeant en elle, nous aime déjà, cette *t r a u m u t a t i o n*. Et rien ne nous aime autant qu'elle. Jacques Derrida, à chaque fois qu'il rencontrait le *déjà*, s'est senti appelé par son nom. Et dans le *même* – comme dans *la chose même* – il a entendu un *m'aime*. La mort même m'aime déjà, avant que je sois là : M'aime, me dicte-elle, et dit en même temps, qu'elle m'aime. Mais ce

la fórmula de la diseminación de —dicho en buen romance por caso— lo que dice mi nación.³

El trauma que se corta a sí mismo la palabra, el trauma auto-traumatizante, mutación de la mutación misma, habrá al menos tres veces, en treinta cinco años, escandido nuestras conversaciones. Durante una conversación placentera, en París —habrá sido en 1974—, le conté de mi visita a un pequeño museo de la ciudad para mencionar un diccionario expuesto en uno de los escaparates, diccionario abierto en el artículo “La muerte”. El diccionario decía, cito: *La muerte se llama así, porque muerde amargamente* [*mord amèrement*]. Derrida se mostró consternado diciendo que eso no podía ser cierto, porque no era la etimología correcta. Por supuesto, dije, es falso, y, con todo, es lo que estaba escrito. Pero, es imposible. Sí, era lo que estaba escrito, pero. De cierto, era un diccionario mediocre de etimología del siglo XVIII. La conversa continuó tal cual hasta que nos dimos cuenta que no se trataba de etimología correcta sino de otra cosa bien otra. Y mudamos la conversa tras un momento en silencio.

Uno o dos años antes, en la École Normale de la calle d'Ulm, durante la discusión abierta tras una conferencia que Jean-Luc Nancy había dado sobre Hegel, propuse, no sin alguna insolencia y probablemente en un francés miserable, traducir el término *aufheben* no sólo por “relever” [‘realzar’, ‘elevar’ y a la vez ‘reemplazar’]⁴

³ Pasaje llanamente intratable: “*Et chaque mot, avant tout chaque mot en m. M'aime pas ce qui m'aime, même pas même, m pas m. C'est bien là la formule de la dissémination, de la dissémination*”. En (cuanto) lo que dice mi nación en diseminación; cf. G. Mistral, por caso: *Y se cansa quien nos llama / por el nombre de nosotros* (“La dichosa”, in *Lagar*, Santiago, 1954). Y/o P. Celan, ante una expresión de Novalis (“A dónde vamos. Siempre a casa [comarco; *Immer nachause*]”), anota: “Ellos lo hacen. ¡No yo! Yo moro en la A que va y va” [*ich hause im Nach, das da geht und geht*] (cf. *Microditos*, § 107). En cuanto a la fórmula: *de la dissémination, de la dissémination* — a aquilatar desde ya al coma (disyuntiva-conyuntiva) y a oír ahí (en tal acuñación no poco intraducible: *dissémination*), variaciones a su vez del *m'aime* (alias *même*) evocado más arriba, en las cercanía de *aimantation*, *aimant*, *aimé(e)*, *aimance* A. A.

⁴ Consabido: J. Derrida habrá traslapado el hegelia-

même qu'il entendait en français comme *m'aime*, dit, à l'attendre comme mot anglais, *maim* presque, mutiler. Le mot même, tout en disant qu'il m'aime, *maim*. Et chaque mot, avant tout chaque mot en *m*. M'aime pas ce qui m'aime, même pas même, m pas m. C'est bien là la formule de la dissémination, de la dissémination.

Le trauma qui se coupe à lui-même la parole, le trauma auto-traumatisant, mutation de la mutation même, a au moins trois fois, en trente-cinq ans, scandé nos conversations. Durant un entretien plaisant, à Paris – cela a dû être en 1974 : je lui ai raconté ma visite d'un petit musée de la ville pour mentionner un dictionnaire exposé dans une des vitrines, dictionnaire ouvert à l'article « La Mort ». Le dictionnaire disait, je cite : *La mort s'appelle ainsi, parce qu'elle mord amèrement*. Derrida a été consterné, disant que cela ne pouvait être vrai, car ce n'était pas là l'étymologie correcte. C'est sûr, ai-je dit, c'est faux, et pourtant c'est ce qui était écrit. Mais, c'est impossible. Si, c'est bien ce qui était écrit. Bien sûr, c'est un dictionnaire médiocre d'étymologie populaire du XVIIIe siècle. L'entretien s'est poursuivi de la sorte jusqu'à ce que nous nous rendions compte tous deux qu'il ne s'agissait pas d'étymologie correcte ou non, mais de tout à fait autre chose. Et de changer de conversation après un moment de silence.

Un an ou deux ans plus tôt, à l'École Normale, rue d'Ulm, durant la discussion ouverte par une conférence que Jean-Luc Nancy avait faite sur Hegel, j'ai proposé, non sans quelque insolence et probablement dans un français miserable, de traduire le mot *aufheben* non pas seulement par « relever » – aussi admirable que cela fut – mais également par « trousse », et ce en suivant le sens d'une phrase de Bataille qui dit à peu près *La mort est une jeune fille qui trousse sa jupe* ; que « relever » était donc toujours aussi « trousse une jupe ». Derrida, auquel cette proposition déplaisait au plus haut point tout en lui plaisant, a répon-

—por más admirable que ello fuera— sino también por “trousser” [‘arremangar’, ‘alzar’ y aun ‘dar vuelta’ (una tela)], y ello siguiendo el sentido de una frase de Bataille que dice más o menos: *La muerte es una joven que arremanga su falda* [qui trousse sa jupe]; que “relevar” fuera siempre también, por tanto, “alzar una falda”.⁵ Derrida, a quien esta propuesta le desagradara al máximo y a la vez, en parte, le agradara, respondió enumerando y comentando todo lo que “trousser” pudiera querer decir, aquilantando las ventajas e inconvenientes de tal traducción, para rechazarla finalmente en cuanto tal, no sin dejar de subrayar que él mismo había escrito no pocas cosas sobre este término, “trousser”. Quería decir, supongo, que él estaba ya ahí, que había estado ahí mucho antes, que tenía un derecho más antiguo en lo que atañe a ese término y a esa cosa, y que estaba dispuesto a defender tal prerrogativa en todo momento. Él estaba, para mi gran sorpresa —y sigo estando sorprendido aún hoy cuando pienso en esta escenita [petite scène]—, estaba, de una manera extrañamente consciente, celoso de la *joven* de Bataille.

Cuando a partir de estos dos fragmentos de memoria intento clarificar para mí mismo cómo le habrá sido posible, a Jacques, sobrevivir a su vida, sobrevivir aún en lo que se llama la vida, y, por tanto, decir, escribir y practicar lo que él llamara alguna vez el ante-duelo [avant-deuil] del adiós y el ante-duelo de la muerte, me vuelve a la memoria otra pequeña escena y otra conversa, interrumpida, fracasada de algún modo, pero también, en algún sentido, no poco lograda. En Capri —era en 1966— en un pequeño coloquio sobre “El trabajo”: yo no podía dejar de evocar la luz, el espacio luminoso, los colores de esa isla. A lo que Derrida, excitado, feliz de la vida incluso, dijo: “Ah, para ustedes, gente del norte, es hermoso, pero no es nada o casi para nosotros. Capri, comparado con la África del norte, con Argelia, es algo char-

no *aufheben* por *relever* en *Márgenes de la filosofía* (1972).

⁵ Aparte de otras no pocas remisiones que consigna el Littré [<https://www.littre.org/definition/trousser>], *trousser* remite también en argot al “tirar” (sexual).

du en énumérant et en commentant tout ce que « trousser » pouvait vouloir dire, pesant les avantages et les inconvénients d’une telle traduction, pour la rejeter finalement en tant que telle, non sans souligner qu’il avait lui-même écrit pas mal de choses sur ce mot de « trousser ». Il voulait dire, je suppose, qu’il était déjà là, qu’il avait déjà été là bien avant, qu’il avait un droit plus ancien quant à ce terme et à cette chose et qu’il était prêt à tout moment à défendre cette prérogative. Il était, à mon immense surprise – et je suis surpris aujourd’hui encore quand je pense à cette petite scène – il était, d’une façon étrangement consciente et productive, jaloux de la *jeune fille* de Bataille.

Lorsqu’à partir de ces deux fragments de souvenir je tente de clarifier pour moi-même comment il lui a été possible, à Jacques, de survivre à sa vie, de survivre encore dans ce qu’on appelle la vie, et donc de dire, d’écrire et de pratiquer ce qu’il a appelé un jour l’avant-deuil de l’adieu et l’avant-deuil de la mort, il me revient en mémoire une autre petite scène et une autre conversation, arrêtée, ratée en quelque sorte, mais aussi, dans un sens, assez réussie. À Capri – c’était en 1996 – pendant un petit colloque sur « Le Travail » : je ne parvenais plus à m’arrêter d’évoquer la lumière, l’espace de lumière, les couleurs de cette île. À quoi Derrida, excité, ravi même, a dit : « Ah, pour vous gens du Nord, c’est beau, mais ce n’est rien ou presque pour nous. Capri comparé à l’Afrique du Nord, à l’Algérie, c’est plutôt mou. Là-bas, en Algérie c’est une autre lumière. » Le voilà de nouveau, ce geste de surenchérissement, avec lequel il disait : c’est certes de la lumière, et lumière du soleil, mais moi je connais une tout autre lumière et un tout autre espace. En quelque sorte, je suis moi-même une tout autre lumière, d’un autre continent, lumière d’une autre planète – et quelle que soit la lumière que vous pouvez voir, moi, je suis la lumière qui plonge

cha [‘falta de vigor’, ‘débil’; *mou*]. Allá, en Argelia, hay otra luz”. Otra vez ese gesto de sobrepuja, con el cual decía: es realmente luz, y luz del sol, pero yo conozco una luz y un espacio completamente diferentes. De algún modo, yo mismo soy una luz enteramente diferente, de otro continente, luz de otro planeta — y cualquiera que fuera la luz que ustedes puedan ver, soy la luz que sumerge a cualquier otra en la sobra [o: ‘soy la luz que en la sombra se sumerge enteramente otra’], soy la luz de la luz, de tal manera invisible que nunca ustedes podrán reconocerme; yo soy —él escribió eso tal vez en alguna parte— su inconsciente, pero no un contenido inconsciente determinado sino la forma meta-empírica del inconsciente mismo. Tengo que confesar, no sin cierto pudor, que su comarca medio irónica [y] medio maniaca me alegró y a la vez me agrió la tarde, porque me reenviaba junto a mis semejantes a los escalones bajos de la “gente del norte” al que yo no pertenecía, como todo el mundo, ni por mis orígenes ni por mi dotación no del todo a-meta-empírica. Incluso en otras ocasiones habrá podido decir —y tal vez lo ha dicho— que él era más negro que el más negro de los negros, más africano que los africanos, más no-europeo que todo mero no-europeo. A él le pareció gracioso que yo dijera una vez, molesto como estaba por ciertas decisiones políticas en curso, que la mayor parte de los (norte)americanos no había descubierto aún América. La fórmula muchas veces usada por él, que él fuera “el último judío”, ¿no significa acaso también, además de todo lo que puede significar por otra parte, que él fuera más judío que cualquier judío? Y la fórmula posible —la de Nietzsche— del último filósofo, ¿no significa acaso que este era más filosófico que la filosofía misma [que] fuera incapaz de pensarlo? ¿Acaso ello no dice, si intentamos retomar todo esto en un solo manojo, que él, Derrida, fuera más Derrida que (él mismo) Derrida no habría podido jamás serlo?⁶ Qué el fuera más que él mismo [lui-même], más viejo y más joven que él, él mismo su padre, su madre y él

⁶ [...] que lui, Derrida, est plus Derrida que Derrida ne saurait jamais l’être.

toute autre dans l’ombre, je suis la lumière de la lumière, si invisible que jamais vous ne pourrez me reconnaître ; je suis – il a peut-être écrit cela quelque part – votre inconscient, mais pas un contenu inconscient déterminé, mais la forme métémpirique de l’inconscient lui-même. Je dois avouer, à ma honte, que sa remarque mi-ironique mi-maniaque m’a autant réjoui qu’aigri, car elle m’a renvoyé avec mes semblables aux bas échelons des «gens du Nord» auquel je n’appartenais, comme tout le monde, ni par mes origines ni par ma dotation pas entièrement a-métémpirique. De même qu’à d’autres occasions il aurait pu dire – et il l’a peut-être dit – qu’il était plus noir que le plus noir des Noirs, plus africain que les Africains, plus non-européen que tout simple non-Européen. Il a trouvé drôle que je dise un jour, agacé que j’étais par certaines décisions politiques, que la plupart des Américains n’avaient pas encore découvert l’Amérique. La formule maintes fois employée par lui, qu’il était «le dernier Juif », ne signifie-t-elle pas aussi, à côté de tout ce qu’elle signifie par ailleurs, qu’il est plus juif que chaque Juif? Et la formule possible – celle de Nietzsche – du dernier philosophe, ne signifie-t-elle pas que celui-ci est plus philosophique que la philosophie elle-même n’est capable de le penser? Est-ce que cela ne veut pas dire, si l’on essaie de ramasser tout cela en un seul geste, que lui, Derrida, est plus Derrida que Derrida ne saurait jamais l’être? Qu’il est plus que lui-même, plus vieux et plus jeune que lui, lui-même son père, sa mère et lui-même, et ses enfants, ses textes, ses effets – et donc, Artaud *redivivus*, plus qu’eux tous réunis, eux, et en même temps rien d’eux? « Je suis plus moi que moi-même, donc plus que moi, donc un autre et plus autre qu’un autre ».

Je dis cela au discours indirect libre, parlant comme s’il parlait, lui, dis qu’il parle comme s’il parlait, comme s’il parlait et disait de lui qu’il parlait en tant qu’un

mismo, y sus hijos, sus textos, sus efectos — y, por tanto, Artaud *redivivus*, más que todos ellos reunidos, ellos, y a la vez nada que ver ellos? “Soy más yo que yo mismo, ergo, más que yo, ergo, otro y más otro que otro”.⁷

Digo esto en discurso indirecto libre, hablando como si él hablara, él, digo que él habla como si hablara, como si hablara y dijera de él que hablaba como otro y de otro modo que otro desde un lugar absolutamente no localizable — y estoy ya, por introyección o incorporación (quién sabe) fundiendo o amalgamando estos yo(s) [*moi(s)*], desfigurándolos a ambos, hurtándolos, localizándolos y, por tanto, deteniendo lo que hubiera de ser el movimiento del ultraje, de la ironía estructural o de la trascendencia. Con todo, digo lo que hago y lo que hago aquí [*là*], y lo digo y lo hago para mantener en movimiento, contra esta fórmula y a pesar de todo a partir de ella, este movimiento mismo. Lo digo para advertir sobre lo que digo. Porque lo que se condensa en esa fórmula — y a partir de ella, a partir de este “Yo soy más yo que yo y más otro que (cualquier) otro”, dejándose desplegar fórmulas tales como el “suplemento peligroso”, el “paso”, la “espectralidad”, la “auto-inmunidad”, lo que es desjerarquizante y liberador, indica igualmente que las operaciones auxiliares a las que abre campo no llegan nunca sin, principalmente, rejerarquización y privilegios, incluso siendo “estratégicos”, que ella ha de operar con depreciaciones, degradaciones, repudios y rechazos. Y que ese gesto, a la vez muy personal y absolutamente formal, no puede sino provocar heridas que amenazan con bloquear todo duelo — de entrada en quien, porque es más que él mismo, ha de ser a la vez infinitamente menos que él mismo: el más humilde, el más bajo, como escribe en “Circunfesión”.

Se llama muerte porque *muerde* amargamente. La falda *alzada*. La luz de Argelia. Jacques Derrida fuera un trauma —y no sólo para la filosofía y la hipocresía convencional—, y lo seguirá siendo para una

⁷ “*Je suis plus moi que moi-même, donc plus que moi, donc un autre et plus autre qu’un autre*”.

autre et autrement qu’un autre depuis un endroit absolutamente no localizable — et je suis ainsi déjà en train, par introjection ou incorporation (qui sait?) de fusionner ou d’amalgamer ces moi(s), de les défigurer tous deux, de les voler, de les localiser et donc d’arrêter ce qui devrait être le mouvement de l’outrage, de l’ironie structurelle ou de la transcendence. Cependant je dis que je le fais et ce que je fais là, et je le dis et je le fais pour maintenir en mouvement, contre cette formule et malgré tout à partir d’elle, ce mouvement même. Je le dis pour avertir de ce que je dis. Car ce qui se trouve condensé dans cette formule — et à partir d’elle, à partir de ce «Je suis plus moi que moi et plus autre qu’aucun autre», se laissent déployer des formules telles que le «supplément dangereux», le «pas», la «spectralité», l’«auto-immunité», ce qui y est déhiérarchisant et libérateur, indique également que les opérations auxquelles elle donne cours n’y atteignent jamais sans, principiellement, rehiérarchisation et privilèges, fussent-ils «stratégiques», qu’elle doit opérer avec des dépréciations, des avilissements, des refus et des rejets. Et que ce geste à la fois très personnel et absolutamente formal ne peut pas ne pas causer des blessures qui menacent de bloquer tout deuil — d’abord chez celui qui, parce qu’il est plus que lui-même, doit être en même temps infiniment moins que lui-même : le plus humble, le plus bas, comme il l’écrit dans «Circonfession».

S’appelle la mort parce qu’elle *mord* amèrement. La jupe *troussée*. La lumière d’Algérie. Jacques Derrida était un trauma — et pas seulement pour la philosophie et l’hypocrisie conventionnelle —, il le restera pour une large région du monde — espérons, un trauma de plus en plus salutaire. Lui-même aussi, évidemment, était atteint de ce trauma qu’il était. Je tente, par ce que j’indique ici d’une manière bien trop proche de l’esquisse, de me dire, je tente de nous dire qu’il ne suffit pas d’être en deuil à

muy amplia franja del mundo —un trauma, ojalá [*espérons*], cada vez más saludable. Él mismo también, de suyo, habrá sido alcanzado por ese trauma que fuera. Yo intento, con lo que indico aquí de un modo cercano al bosquejo, a la pasada, decirme, decirnos, que no basta con estar en duelo con respecto a él, que no hay (con respecto a él) duelo posible alguno sin que a la vez ese duelo no sea duelo *para* él [*pour lui*]⁸ y para lo que para él no pudiera ser objeto de un duelo. Ello, por desgracia, ya no lo ayudará, pero tal vez [*a*] nosotros y [*a*] él *en* nosotros — nos ayude a comenzar a hacer y a (so)portar el duelo *de* y *para* nuestro tan cercano difícil [*si fort*] amigo, nuestro muerto, nuestra muerte, que no es ni habrá sido el nuestro ni la nuestra. *Il le faut — du courage*.

⁸ Conocida fuera la incantación hamachereana por y para con el (alemán) *für* alias *para*; desde ya, cf. *Für — Die Philologie* (2009).

son égard, qu’il n’y a pas *de* lui de deuil possible sans qu’en même temps ce deuil ne soit deuil *pour* lui et pour ce qui pour lui ne pouvait pas faire l’objet d’un deuil. Cela, hélas, ne l’aidera plus, mais peut-être nous et lui *en* nous — nous aidera à commencer à faire et à souffrir le deuil *de* et *pour* notre ami si fort, notre mort, notre mort qui n’est pas la nôtre. Il faut du courage.

* Werner Hamacher, 2005, “Pour dire un mot, à la fin, pour commencer” (en traslape de Martin Ziegler), rev. Rue Descartes, n° 48, París, pp. 56 à 61.